

Del período Arcaico a la llegada del inca: Breve síntesis arqueológica de la Región de Valparaíso

José Miguel Ramírez Aliaga^{*}

RESUMEN: Este trabajo sintetiza la historia de las comunidades que ocuparon el territorio de la actual Región de Valparaíso desde el período Arcaico y hasta la invasión inca, como referencia para la puesta en valor de la colección arqueológica que conserva el Museo de Historia Natural de Valparaíso. Algunos de esos materiales cuentan con referencias sobre su origen y descripciones de los contextos, en especial, aquellos rescatados recientemente durante la construcción de estacionamientos en la plaza O'Higgins del puerto. Entre los artefactos más interesantes del conjunto se encuentra un tamboril de cerámica de la cultura Aconcagua, un excepcional testimonio de la música prehispánica encontrado en Villa Alemana. La estructura del trabajo sigue la síntesis de Falabella *et al.* (2016), complementada con materiales inéditos.

PALABRAS CLAVE: arqueología, Región de Valparaíso, MHNV, tradición Bato, tradición Lolleo, cultura Aconcagua

ABSTRACT: This work synthesizes the history of the communities that occupied the territory of the current Valparaíso Region from the Archaic period to the Inca invasion, as a basis for the enhancement of the archaeological collection that the Valparaíso Natural History Museum preserves. Some of these materials have information on their origin and descriptions of the contexts, especially those recently rescued during the construction of parking lots in the O'Higgins Square of the port. Among the most interesting artifacts of the set is a ceramic drum of the Aconcagua culture, an exceptional testimony of pre-Hispanic music found in Villa Alemana. The structure of the work follows the synthesis by Falabella *et al.* (2016), complemented with unpublished materials.

KEYWORDS: archaeology, Valparaíso Region, MHNV, Bato tradition, Lolleo tradition, Aconcagua culture

^{*} Arqueólogo (Universidad de Chile, 1983) y magister en Patrimonio (Universidad de Valparaíso, 2016). Curador del Museo Fonck de Viña del Mar (1981-1992), administrador del Parque Nacional Rapa Nui (1993-1999), director del Centro de Estudios Rapa Nui, Universidad de Valparaíso (2001-2014) e investigador asociado del Centro de Estudios Avanzados, Universidad de Playa Ancha (desde 2016). Autor de docenas de publicaciones sobre la arqueología de la zona central de Chile.

Cómo citar este artículo (APA)

Ramírez, J. M. (2019). *Del período Arcaico a la llegada del inca: Breve síntesis arqueológica de la Región de Valparaíso*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Presentación

En términos geográficos, la Región de Valparaíso está dominada por la cuenca del río Aconcagua, cuyo brazo principal discurre desde la cordillera siguiendo en dirección oeste entre Los Andes y Concón. El tributario más importante es el río Putaendo, que baja desde el noreste hasta cerca de San Felipe. En el límite norte de la Región se encuentra la cuenca del río Petorca y, luego, el estero Alicahue, que pasa por Cabildo y La Ligua. Por el sur corre el estero de Limache, que surge en la cordillera de la Costa, al este de Olmué, para desembocar en el curso inferior del río Aconcagua. Más al sur, la cuenca del estero Marga-Marga conecta las ciudades hacia el oriente de Viña del Mar, y a continuación se encuentra el estero de Casablanca, que desemboca en Algarrobo. Por el límite sur de la Región de Valparaíso, finalmente, pasa el curso inferior del río Maipo. Todas estas cuencas generaron espacios apropiados para el asentamiento humano desde hace miles de años. Por otra parte, la productiva franja costera fue ocupada desde hace ocho mil años por recolectores de moluscos sin una mayor especialización tecnológica ni acceso a los recursos de alta mar. Naturalmente, las desembocaduras de ríos y esteros fueron los lugares preferidos para la instalación de los habitantes prehispánicos de la Región.

Hasta ahora, la secuencia histórico-cultural en la Región de Valparaíso se inicia en el Holoceno, después del término de la última glaciación. Los cazadores-recolectores del período Arcaico dejaron importantes evidencias, especialmente en la costa. Los inicios de la horticultura y la cerámica, hace unos dos mil años, marcaron un cambio radical en lo económico, tecnológico y social. Si bien los grupos instalados en la zona central muestran una gran diversidad, se reconocen dos tradiciones mejor definidas: Bato –vinculada con los Molle del Norte Chico– y Lollole –con los Pitren del Sur–.

Unos mil años atrás se produjo otro cambio revolucionario en la zona central: la aparición de la cultura Aconcagua, que se diferenció de las demás en todos los aspectos y cuyos orígenes todavía se discuten. Algunas de las principales evidencias de esta época se encuentran, precisamente, a lo largo del río Aconcagua. Estos grupos tuvieron vínculos con los diaguitas del Norte Chico, y luego el inca trasladó colonos que se instalaron en distintos enclaves de la zona central, lo que se tradujo en una mezcla de tradiciones que se expresa especialmente en la cerámica, en la combinación de formas locales con las decoraciones importadas. Con la conquista europea, las comunidades indígenas se fueron diluyendo, pero dejaron huellas hasta tiempos históricos –por ejemplo, muchos topónimos de la región reflejan orígenes mapuche, quechua y aymara–.

Los primeros habitantes de la Era del Hielo

Los primeros habitantes del extremo sur de América eran inmigrantes asiáticos, de la última Era del Hielo. A lo largo de miles de años, aprovechando que el estrecho de Behring quedaba seco durante las regresiones marinas provocadas por el congelamiento de enormes masas de agua, bandas de cazadores-recolectores pudieron cruzar a pie desde Siberia hasta Alaska e incluso utilizar embarcaciones para bordear las amplias costas de Norteamérica hacia el sur, durante la última glaciación del Pleistoceno (Dillehay, 2000; Núñez *et al.*, 2016). Los datos más recientes de los sitios Monte Verde en Puerto Montt (Dillehay, 2004) y Pilauco en Osorno (Pino, 2008) indican que llegaron mucho antes de lo que se pensaba, hace más de 15 000 años.

Hasta la fecha no se han encontrado en la Región de Valparaíso evidencias del período Paleoindio, cuando los primeros habitantes convivieron con la megafauna del Pleistoceno. Uno de los animales más característicos de esa época es el mastodonte, similar a los actuales elefantes. Los datos más cercanos de su presencia se encuentran en los sitios de Quereo y Santa Julia en Los Vilos (Jackson *et al.*, 2011) y en la laguna de Tagua Tagua (Núñez *et al.*, 1994).

El período Arcaico

El inicio del Holoceno, hace unos diez mil años, se asocia al término de la última glaciación y el cambio al actual clima templado. El aumento de la temperatura planetaria provocó la extinción de muchas especies de gran tamaño —la denominada «megafauna pleistocénica»—, que no se pudo adaptar a un clima más cálido. En términos culturales, pasamos del período Paleoindio al Arcaico (Cornejo *et al.*, 2016).

Los antiguos cazadores-recolectores siguieron cazando especies de fauna menor e intensificaron la molienda de granos silvestres, rasgo que caracteriza al período Arcaico. En efecto, los artefactos típicos de esta época son los morteros comunitarios sobre bloques de rocas conocidos como «piedras tacitas», así como los morteros y manos de moler individuales. Asociado a enterratorios de este período se encuentra también un artefacto misterioso: las llamadas «piedras horadadas», consistentes en unos bolones perforados en el centro, cuya función original se desconoce. El Museo de Historia Natural de Valparaíso (MHNV) cuenta con varios ejemplares procedentes de distintos sitios de la Región, pero sin contextos asociados (fig. 1).



Figura 1. Dos piedras horadadas recuperadas en sitios arqueológicos de la Región de Valparaíso, específicamente en Placilla, cuenca del Marga-Marga (izq.) y en el Fundo El Carmen de Quillota (der.), ambas sin información de contexto. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Arqueológica, n.º inv. 1076 y 2714.

Uno de los sitios más característicos de esta época en la zona es el cementerio de Las Cenizas, en la localidad de Placilla, al interior de Valparaíso (Gajardo Tobar, 1958-59). En este cementerio se descubrió el patrón clásico de las costumbres mortuorias de la época, con los cuerpos dispuestos en posición lateral flectada o hiperflectada, acompañados de un ajuar que incluye puntas de proyectil de base recta, manos de moler y piedras horadadas.

En la costa, los sitios habitacionales típicos se formaron por la acumulación de conchas de moluscos recolectados intensivamente desde el intermareal rocoso y arenoso, de donde proviene el término «conchales». Uno de los sitios litorales más importantes de este período es el de Punta Curaumilla, cerca del faro del mismo nombre, al sur de Valparaíso (Ramírez *et al.*, 1991). Una fecha de 8500 años lo ubica como la evidencia más antigua de ocupación humana en la costa central.

El complejo Papudo caracteriza a estas poblaciones costeras de cazadores-recolectores dispersos durante el período Arcaico Medio en una amplia zona entre Guanaqueros por el norte y el río Maipo por el sur (Bahamondes, 1969; Belmar, 2004). En el sitio tipo Papudo, descrito por Silva (1957), se rescataron 21 enterratorios. Luego, se cuentan los sitios La Raspa 1 y 2 en Zapallar, Cachagua 2 y 7, Maitencillo 1, Quebrada Quirilluca en Horcón, (Berdichewski, 1963, 1964a) y Alacranes I en Ventanas (Silva, 1964). Más al sur, en Algarrobo, se incluyen sitios en la Isla de los Pájaros Niños, Peñablanca y Caleta del Huacho (Berdichewski 1963), mientras que en Las Cruces, se ha identificado la presencia del período Arcaico en las fases tempranas del sitio El Peral (Falabella y Planella, 1987).

Período Alfarero Temprano (800/300 a. C. a 1000/1200 d. C.)

Hace unos dos mil años, el largo período de recolección de plantas silvestres dio paso a la experimentación y, luego, a la domesticación de algunas especies, a la horticultura y, finalmente, a la agricultura intensiva. Estos logros en la esfera económica se asocian al desarrollo de sociedades complejas, con el subsecuente aumento de la población y los asentamientos permanentes, que a su vez se relacionan con una serie de cambios tecnológicos, políticos e ideológicos (Planella y Tagle, 2004, 2014; Sanhueza, 2016).

Las primeras evidencias de cultígenos en la zona central se encontraron en sitios cordilleranos, durante las últimas fases del período Arcaico (Planella *et al.*, 2005). Se trata de restos de quínoa, fechados hacia el 1000 a. C., cuya presencia denotaría vínculos con el lado oriental del macizo, por cuanto no se conocen evidencias de la domesticación de esta especie en el centro de Chile.

Poco después, en la costa, aparecen los primeros vestigios de una tecnología revolucionaria: la cerámica. En el sitio de Punta Curaumilla se hallaron fragmentos de cerámica en un nivel fechado hacia el 800 a. C. (Ramírez *et al.*, 1991). Las escasas evidencias de esas comunidades alfareras iniciales se han localizado hasta la fecha en cuatro sitios entre Concón y San Antonio, cuatro sitios en la cuenca de Santiago y uno en la de Rancagua. Puesto que no se han encontrado evidencias de una etapa de «experimentación» cerámica, se presume que el conocimiento de esa tecnología fue adquirido de grupos vecinos.

Junto con otras especies silvestres como la frutilla, peumo, lúcumo, leguminosas y gramíneas, la quínoa fue la planta más importante. Su consumo debió ser relevante en la dieta, puesto que los análisis de isótopos estables indican un bajo consumo de proteína animal en ese momento. Los cultivos fueron cobrando mayor importancia con el tiempo, en las planicies de los valles con acceso a fuentes de agua para el regadío.

En general, las poblaciones del período exhiben una serie de elementos comunes, documentados especialmente en el territorio que se extiende entre los ríos Aconcagua y Cachapoal. Sin embargo, lo que verdaderamente caracteriza a estos grupos alfareros tempranos es una gran heterogeneidad en los distintos aspectos de la cultura, que se explicaría por una organización social basada en pequeñas agrupaciones familiares dispersas en un amplio territorio –incluso coexistiendo con grupos de cazadores-recolectores, especialmente en la cordillera– y la falta de un poder o autoridad central. Hacia el 200 a. C. se observan distinciones más claras en las expresiones de la cultura material, pa-

trones funerarios, de asentamiento y de subsistencia de estos grupos; también la práctica de deformación craneana intencional del tipo tabular erecta (por cuna) asimétrica, entre otros elementos identitarios. Dentro de esta variedad de tradiciones culturales que durante siglos convivió en la zona central, dos grupos parecen predominantes, dado que se presentan mejor definidos en el registro arqueológico: Bato y Llolleo (Planella *et al.*, 1991).

La primera tradición, cuyo sitio tipo Bato se encuentra en la bahía de Quintero, presenta fechas entre el 250 a. C. y 600 d. C. Sus asentamientos se emplazan en lomajes y terrazas litorales cercanas a vertientes o quebradas que bajan desde la cordillera de la Costa hacia el mar, siempre al norte del Maipo.

Por su parte, la tradición Llolleo posee una amplia distribución en Chile central, ocupando principalmente rinconadas de grandes valles fluviales y adquiriendo mayor fuerza demográfica al sur del Maipo. En la costa se ubica en sectores como Las Cruces y Algarrobo entre el 150 y 900 d. C., siempre en asentamientos relacionados con sistemas de valles, quebradas o lacustre-litorales.

Las diferencias entre ambas sociedades —que compartieron la zona central de Chile a lo largo de más de quinientos años— se expresan en estrategias sociales (Falabella y Sanhueza, 2005-2006), económicas (Falabella *et al.*, 2007) y de uso del espacio (Sanhueza *et al.*, 2007), patrones mortuorios (Benavente *et al.*, 1994) y estilos cerámicos diferentes (Sanhueza, 2004), lo que indica una necesidad de mantener signos y símbolos de identidad mucho mayor de lo que se pensaba.



Figura 2. Olla utilitaria encontrada en contexto Bato, procedente de Quilén, Horcón. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Arqueológica, n.º inv. 3829.

Entre los aspectos mencionados, una de las expresiones más sobresalientes de estos grupos es la cerámica (fig. 2), que llegó a mostrar un alto desarrollo tecnológico y estético. Las ollas y jarros finos muestran pastas delgadas con una selección precisa de antiplásticos y cocción controlada, predominio de decoración monocroma, modelados antropomorfos y zoomorfos, diseños incisos lineales y punteados en campos geométricos, pintura roja en franjas convergentes, pintura negativa y pintura iridiscente aplicada a través de engobes con hierro oligisto.

Tradición Bato

Hace unos dos mil años, se distingue una tradición cultural denominada «Bato», a partir del sitio epónimo ubicado en Loncura, en la bahía de Quintero (Silva, 1964). La presencia de los grupos Bato se intercala parcialmente con los Llolleo en el valle de Aconcagua, cuenca de Santiago y precordillera del Maipo. En la costa, se concentra al norte de la desembocadura del río Aconcagua, con algunos sitios dispersos hasta la zona del río Maipo.

En la zona costera entre Concón y Papudo, prácticamente todos los sitios del Alfarero Temprano pertenecen a la tradición Bato. Más al sur, donde dominan los sitios Llolleo, también se presentan sitios Bato, con el notable caso de Las Brisas-3 al interior de Santo Domingo (Rivas y González, 2008). Al norte, en el interfluvio costero Petorca-Quilimarí se han registrado casi 200 sitios asignados a distintos períodos de ocupación (Longotoma, Los Coiles, El Chivato, Punta Los Molles), particularmente Bato (Ávalos y Rodríguez, 1993). Naturalmente, estos sitios muestran un vínculo más estrecho con las poblaciones del Norte Chico.

Los sitios Bato son muy numerosos al norte de la desembocadura del río Aconcagua: Agua Salada-1 en Papudo (Silva, 1964); Punta Puyai 1 a 20 (Ávalos y Román, 1996); Cachagua, Los Hornos-1 y Los Jotes 2 y 4 (Berdichewsky, 1964a); El Bato 1 y 2 en Ventanas (Silva, 1964), Dunas de Ritoque y Radioestación Naval y Fénix en Quintero; el componente alfarero temprano del sitio S-Bato 1 localizado en Loncura y fechado en 530 d. C. (Seelenfreund y Westfall, 2000); Cerrillo Mantagua 1 (Westfall, 2003); Las Dunas 2 en Ritoque (Silva, 1964); Cerrillo Mantagua 1 (Westfall, 2003), Marbella (Rodríguez *et al.*, 1991) y Costamai 1 a 10, inmediatamente al norte del anterior (Ramírez 2006, 2011a, 2011c).

En Papudo, junto al curso inferior del estero Lilén, solo se han realizado recolecciones superficiales, sondeos y salvatajes parciales en unos pocos sitios. Puyai 4, por ejemplo, está definido por la presencia de una «piedra tacita». En el sitio Puyai 8 se realizó el salvataje de los restos parciales de 4 enterratorios Bato, en los perfiles de trincheras excavadas para la instalación de tuberías de alcantarillado (Ramírez, 2011b). Una de las tumbas correspondía a dos hombres adultos extendidos en decúbito ventral, sin ofrendas de cerámica, uno de los cuales presentaba 11 puntas de proyectil en distintas partes del tronco. Varias de las puntas de proyectil estaban quebradas *in situ*, entre las costillas, y una de ellas estaba incrustada en el cuerpo de la primera vértebra lumbar (evidencia de un posible ajusticiamiento). No es la primera eviden-

cia de violencia intra- o intergrupal en sociedades prehispánicas, pero en la zona central no se conocen muchos casos. En el sitio Escuela de Placilla, en La Ligua, se registraron 3 individuos con puntas de proyectil *in situ* y un infante con una punta de proyectil dentro de la boca. Según los investigadores (Saunier *et al.*, 2007), la alta presencia de estos proyectiles sugiere un aumento de la violencia interpersonal en la zona hacia fines del primer milenio de nuestra era.

En Concón, al sur de la desembocadura del río Aconcagua, se encuentran algunos de los sitios más importantes de la fase Bato. Desde luego, el sitio Enap 3, un denso conchal que aportó cantidades importantes de evidencias (Berdichewsky, 1964b). En esos terrenos se han rescatado importantes evidencias en los últimos años, específicamente en Patio N.º 2 y El Membrillar 1 y 2 (Venegas *et al.*, 2011). Subiendo por la quebrada se han rescatado enterratorios aislados: Concón 11 y Camino Internacional, datados en 450 d. C. (Carmona *et al.*, 2001; Vera 1995), y Los Eucaliptus, con fechas entre 100 y 600 d. C. (Carmona *et al.*, 2001). En el área urbana de Concón se conocen los sitios Calle 13 y Familia Navarro (Venegas *et al.*, 2011).

Al sur de Valparaíso, las evidencias Bato son más escasas. En Quintay se rescataron evidencias de esta fase en un par de sitios del Fundo Santa Augusta (Rivas y Ocampo, 1997): cuerpos en posición decúbito ventral, con las piernas hiperflexadas sobre la espalda y tembetás discoidales *in situ* en algunos casos de hombres adultos. El sitio habitacional La Capilla 1, en la terraza alta de Tunquén, a 5 km de la costa, concentraba 12 enterratorios individuales, que incluían cuerpos extendidos en posición ventral o lateral, con las manos en la cara o en distintas posiciones, y algunos en posición lateral semiflexada. No tenían ofrendas, sino algunas piedras y conchas de loco alrededor del cuerpo (Ramírez, 2017).

En San Antonio se conoce el sitio Arévalo-2, con una fecha inicial para la ocupación Bato del 30 a. C. (Planella y Falabella, 1987). En Santo Domingo, el sitio Las Brisas 3 (Rivas y González, 2008) presentaba los clásicos enterratorios Bato, sin ofrendas, además de evidencias de cocción de alimentos sobre piedras calientes en amplias cavidades circulares (1,65 m de diámetro), de poca profundidad, excavadas en la paleoduna. Los alimentos procesados incluían una variedad de moluscos y huesos de guanaco. La presencia de algunos huesos humanos fracturados y quemados en ese contexto no fue interpretado como evidencia de antropofagia. En el sitio Costamai 6, en Maitencillo, se encontró asimismo un pozo cilíndrico excavado en la pa-

leoduna, bajo el piso ocupacional, lleno de restos de alimentos. Las piedras quemadas que se encontraron junto al pozo permiten interpretar este rasgo como un curanto (Ramírez, 2011a).

En términos generales, las poblaciones Bato se asentaron en la costa y el interior de la zona central, en particular, en el curso inferior y medio del río Aconcagua. Las evidencias indican la presencia de grupos familiares dispersos, sin grandes diferencias sociales. Esos primeros grupos agroalfareros muestran el desarrollo temprano de una horticultura centrada en el cultivo de la quínoa y el maíz, complementada con la caza de fauna menor y la recolección de vegetales silvestres. En los sitios abundan las puntas de proyectil y, en menor proporción, los artefactos de molienda, los cuales muestran que la producción y consumo de harina de maíz y quínoa ya formaba parte de la vida diaria de esas poblaciones.

En el curso medio del río Aconcagua, el importante cementerio del Estadio de Quillota incluía enterratorios Bato y/o Llolleo, pero la mayoría de ellos no pudieron ser rescatados. El patrón mortuario es muy característico: posición flectada o hiperflectada, sin ofrendas. El sitio Aspillaga 1 aportó varios enterratorios que se describieron como Bato y Llolleo: las evidencias Bato las constituyen dos tembetás de piedra, una pipa de cerámica partida y fragmentos de cerámica decorados con pintura roja sobre hierro oligisto, hierro oligisto sobre pintura roja e incisos lineales y lineales-punteados. En la población Los Paltos se recuperaron 6 enterratorios que correspondían a individuos adultos jóvenes (20 a 35 años) inhumados en posición flectada o hiperflectada, sin ofrendas cerámicas. Solo en el enterratorio de un niño se encontró una ofrenda correspondiente a dos vasijas: una de cuerpo globular negro pulido con asa puente y gollete doble, y un jarro rojo decorado con bandas de hierro oligisto. En el Fundo Esmeralda se rescataron 3 enterratorios asignados a la fase Bato, con una fecha de 585 ± 140 d. C. Un diente incisivo central inferior izquierdo presentaba evidencias del uso de tembetá, y en el ajuar se encontraron fragmentos cerámicos con pintura roja y café pulido, junto a un tembetá partido. Análisis de fitolitos y almidones en vasijas permitieron identificar la presencia de maíz, palma chilena, porotos y calabazas como ofrendas de alimentos. Durante la ampliación de la ruta CH-60 se registraron varios sitios Bato, en especial en San Pedro 2, donde se rescataron más de 55 enterratorios; la mayoría de los individuos se hallaba en posición flectada, sin ofrendas, y solo uno presentaba un tembetá (Venegas *et al.*, 2011).

Los sitios habitacionales y los enterratorios parecen vincularse a pequeñas unidades familiares dispersas, sin mayores distinciones sociales, con alta movi-

lidad. La economía era mayormente de caza y recolección de frutos silvestres como peumo y frutillas, complementada con la horticultura de quínoa y maíz. Abundan las puntas de proyectiles, y el menor tamaño de los instrumentos de molienda (molinos planos y manos discoidales planas) refleja una menor producción de harinas –de hecho, los datos indican una menor producción de maíz, tanto en la costa como en el interior–.

Por su parte, la cerámica Bato muestra un gran desarrollo técnico y estético. Predominan las ollas y jarros, normalmente monocromos, que a veces presentan golletes con orificios como regaderas. Los jarros más finos presentan una decoración incisa lineal-punteada, definiendo campos geométricos rellenos con puntos o diseños en zigzag y reticulados. También se observa decoración con pintura roja en franjas convergentes y uso de la técnica de pintura negativa.

Las tumbas se asocian a los espacios habitacionales, normalmente en excavaciones en el subsuelo. Uno de los rasgos más característicos de las poblaciones Bato se expresa en una amplia variedad de patrones mortuorios: los cuerpos fueron dispuestos en posición lateral flectada o hiperflectada, en posición ventral con las piernas flectadas sobre la parte posterior de los muslos o hiperflectadas sobre la espalda desde la articulación de las caderas, o extendidos en posición ventral o lateral, a veces con ambas manos sobre la cara. En algunos casos, los cuerpos eran enterrados con collares de pequeñas cuentas de piedra pulida. A diferencia de la tradición Llolleo, los Bato no acompañaban a los difuntos con vasijas completas.

Entre los adornos corporales destaca un elemento que parece exclusivo de los grupos Bato y que los vincula con los Molle del Norte Chico: el tembetá (fig. 3), un adorno confeccionado en piedra pulida o cerámica, con forma



Figura 3. Tembetá de piedra pulida, período Alfarero Temprano. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Arqueológica, n.º inv. 3855.

de botón discoidal con aletas. Constituye un tipo de mutilación corporal, por cuanto se insertaba en un orificio realizado debajo de labio inferior, de manera que las aletas quedaban apoyadas en los incisivos inferiores, mientras el disco sobresalía entre el labio y el mentón. A ella se suma otro tipo de modificación corporal efectuada con fines sociales-estéticos, consistente en unas orejeras discoidales de piedra pulida. Además, practi-

caban la deformación craneana intencional del tipo tabular erecto asimétrico sobre la zona occipital, también conocida como «deformación por cuna».

Algunos patrones en la decoración cerámica y en el uso de algunos artefactos muestran distribuciones territoriales diferenciadas que pueden tener algún significado social, pero no se observa la misma complejidad de los grupos Llolleo. Por ejemplo, la decoración incisa lineal-punteada se concentra hacia la parte norte del territorio Bato y en la cuenca del Mapocho. La técnica de decoración negativa es más recurrente en los sitios de la desembocadura del Aconcagua, mientras que hacia el curso medio inferior del río Maipo se observa un tipo distinto de vasijas, asociado a pipas en forma de «T» invertida pero con una sola boquilla y un tubo cerrado en el otro extremo, que termina en una aplanamiento o en una bifurcación como cola de pescado.

La habitual presencia de pipas confeccionadas normalmente en cerámica muestra la importancia de las prácticas fumatorias durante el período Alfarrero Temprano en numerosas culturas, mucho más allá del actual territorio chileno. El amplio uso de tabaco nativo y chamico, una planta alucinógena, indica que tuvo una connotación social y probablemente ritual de gran relevancia comunitaria, y que actuó como uno de los elementos de vinculación e identidad que permitía mantener relaciones entre grupos dispersos a larga distancia (Falabella *et al.*, 2001; Planella *et al.*, 2018).

En los grandes valles del interior y la cordillera es más difícil identificar grupos culturales claramente definidos, en parte debido a que se ha desarrollado mucha menos investigación sistemática en estas zonas, y esta se ha concentrado en algunos pocos sitios (Pavlovic, 2000). No obstante, parece seguro que los dos principales grupos descritos en la costa y los valles, Bato y Llolleo, también estuvieron presentes aquí, aunque con ciertas peculiaridades locales. Estas pueden deberse tanto a la mayor importancia que tuvo la horticultura en la economía de los valles interiores como a la probable presencia de otros grupos aún insuficientemente conocidos por la arqueología. Entre ellos se cuentan algunos grupos de cazadores-recolectores cordilleranos que mantuvieron su modo de vida hasta la Colonia, aunque incorporaron la cerámica, probablemente por intercambio con otros grupos; se trata, sin embargo, de tipos simples y de tamaño pequeño, más apropiados para un patrón de movilidad seminómada.

En el contexto de una gran variabilidad de expresiones culturales, la identidad de los grupos Bato y Llolleo parece mejor definida, y resulta evidente que tuvieron contactos con los grupos vecinos del norte (Rodríguez y Ávalos, 1993), del sur (Correa, 2010) y del otro lado de la cordillera (Falabella, 1994). Mientras

los Bato presentan rasgos similares con los Molle del Norte Chico (por ejemplo, uso de tembetás y algunas formas de vasijas), los grupos Llolleo parecen vincularse con los grupos Pitrén de más al sur (como lo sugieren los «jarros pato» y su relación con la mujer, los modelados antropomorfos y el uso del chamico).

Tradición Llolleo

Hasta ahora, los sitios conocidos del complejo Llolleo se encuentran en el curso medio del río Aconcagua, en las cuencas de Santiago y Rancagua y sus respectivas precordilleras, y en un sector de la costa alrededor de la desembocadura del río Maipo (Falabella y Planella, 1979) hasta Algarrobo, un poco más al norte. Un par de sitios tienen fechas cercanas al 200 d. C. (Santo Domingo 2 y Aspillaga 1 en Quillota), pero la mayoría de los fechados se concentran entre el 450 y el 1000 d. C. En algunos sitios, esta tradición perdura hasta el 1200 d. C. (Falabella *et al.*, 2016).

Al norte del Aconcagua se encontró una evidencia de la tradición Llolleo en el sitio S-Bato 1 en Quintero (Seelenfreund y Leiva, 2006). Hacia el sur de Valparaíso, se han registrado evidencias Llolleo en Quintay (Rivas y Ocampo, 1997), Los Puquíos en Algarrobo (Falabella *et al.*, 1981), Laguna El Peral en Las Cruces (Falabella y Planella, 1991) y varios sitios cerca de la desembocadura del río Maipo: Rayonhil (Falabella y Planella, 1979), Tejas Verdes 1 y 3 (Falabella y Planella, 1979) y Tejas Verdes 4 (Planella, 2005).

En el curso medio del río Aconcagua, el área de Quillota concentra varios sitios Llolleo. Desde luego, uno de ellos corresponde al Estadio de Quillota, donde se reconocieron algunos enterratorios Llolleo debajo de un masivo cementerio Aconcagua. También se encontraron evidencias Llolleo en el sitio de calle Arauco, junto al estadio. En Aspillaga 1, el componente Llolleo fue definido sobre la base de cuatro vasijas, de las cuales solo una pudo relacionarse con un enterratorio; un jarro antropomorfo fue fechado en el 140 ± 150 d. C. En el sitio Carolina, en La Cruz, se registraron 6 enterratorios, tres de los cuales correspondían a la tradición Llolleo. En el sitio Calle Santa Cruz se halló una mujer joven acompañada de un jarro monocromo Llolleo, con una fecha TL de 555 ± 140 d. C. Similar contexto se consignó en el sitio Santa Rosa, en el paradero 14 de La Cruz: el jarro asignado a la tradición Llolleo que allí se recuperó aportó una fecha TL de 680 ± 100 d. C. (Ávalos *et al.*, 2007; Venegas *et al.*, 2011).

El patrón de asentamiento de los grupos Llolleo indica que no formaban aldeas, sino caseríos formados por unidades familiares dispersas,

sin mayores jerarquías sociales, que practicaban el autoabastecimiento a través de la horticultura de maíz, porotos, quínoa, zapallo y calabazas. La molienda en morteros de piedra para hacer harina era una actividad importante. Complementaban la dieta con la caza del guanaco y la recolección de vegetales silvestres. En la costa, los recursos del mar se obtenían sin una mayor especialización: recolectaban los moluscos fácilmente accesibles en el intermareal rocoso y arenoso, pero carecían de una tecnología *ad hoc* para la pesca. Algunas evidencias indican que los grupos de la costa y del interior tenían patrones específicos de asentamiento y subsistencia, de manera que estaban radicados de manera permanente en cada territorio. La vinculación social a mayor escala, que permitiría explicar la coherencia de la tradición cultural Llolleo, debió darse en espacios sociales o rituales donde confluían periódicamente los distintos grupos y se actualizaba la identidad común por sobre las diferencias locales (Sanhueza, 2016; Sanhueza y Falabella, 2009).

En oposición a la simpleza de los artefactos de piedra, la alfarería llegó a un alto nivel tecnológico y estético. Las vasijas se caracterizan por ser monocromas (superficies de color negro o café) y presentar formas que incluyen ollas con superficies alisadas y jarros con superficies pulidas. Entre las primeras se destaca un tipo de olla de cuerpo achatado con dos asas y, a veces, decoración incisa reticulada oblicua en el cuello y/o mamelones en el cuerpo y asas. Los jarros, por su parte, pueden ser simétricos —a menudo con líneas horizontales incisas en la base del cuello— o asimétricos, con figuras antropomorfas, zoomorfas o fitomorfas modeladas; un rasgo característico lo constituyen las caras modeladas con cejas y narices en relieve, y ojos en forma de grano de café. En cuanto al uso de pigmentos, se observa decoración con pintura roja y hierro oligisto, así como la técnica de pintura negativa.

Los grupos Llolleo enterraban a sus muertos en áreas asociadas a los sitios habitacionales. Los adultos eran dispuestos en posición flectada, y los infantes, en el interior de urnas, consistentes por lo general en grandes vasijas recicladas. Alimentos como maíz, quínoa, calabaza y, probablemente, chicha también se ponían en vasijas a modo de ofrendas. El ajuar era escaso, pero incluía collares de finas cuentas de piedra, objetos relacionados con la molienda de alimentos y piedras horadadas. En un sitio, los infantes estaban acompañados de semillas de chamico quemadas, probablemente relacionadas con algún tipo de ritual. La metalurgia del cobre —un logro tecnológico muy importante en el período Alfarero Temprano— aparece representada en adornos tales como aros y placas.

Período Intermedio Tardío (1000/1200 a 1450 d. C.)

Hacia fines del primer milenio se observa un cambio radical en el registro arqueológico. Aunque se mantuvieron enclaves de grupos del período anterior hasta el 1200 d. C., entre los ríos Aconcagua y Cachapoal se identificó un desarrollo cultural definido como «cultura Aconcagua» (Falabella *et al.*, 2016; Pavlovic *et al.*, 2002; Sánchez y Massone, 1995; Sánchez, 2000)

La cultura Aconcagua tuvo sus principales centros en las cuencas de los ríos Aconcagua –con sitios importantes en Rautén, El Palomar de Aconcagua, El Higueral y San José de Piguchén (Madrid, 1965; Oyarzún, 1934; Sánchez, 1995)–, Mapocho y Maipo, donde establecieron pequeños conjuntos habitacionales de no más de una docena de casas. Las viviendas eran construidas con barro, paja y coligües (quincha), como es el caso de aquellas encontradas en la rinconada de Huechún o en la confluencia del estero El Manzano con el río Maipo. En estos pequeños villorrios probablemente convivieron grupos unidos por lazos de parentesco, dedicados a la plantación de diversos cultivos tales como la quínoa y el maíz, y a la crianza de algunos guanacos amansados, sin dejar de lado las antiguas prácticas de caza y recolección. Ciertos asentamientos se especializaron en la producción de determinados recursos: en la costa se ejercía principalmente la recolección de mariscos, mientras que en algunos lugares de la cordillera explotaban minas de cobre.

Los sitios residenciales se ubican junto a fuentes de agua (quebradas, vertientes, ríos, esteros), en terrenos de poca pendiente (planicie aluvial, terrazas fluviales), aptos para cultivos. Aun cuando la producción agrícola era muy importante –lo que se refleja en una intensificación de la molienda de maíz (Falabella *et al.*, 2008)–, también aprovechaban diversos recursos recolectados desde el mar a la cordillera, instalándose por temporadas junto a las fuentes de distintas materias primas o moviéndose estacionalmente detrás de los guanacos. Este animal adquirió gran relevancia tanto para el consumo de la carne como para el uso de los huesos y otras partes en la confección de instrumentos y, seguramente, de vestimenta. La explotación de los recursos costeros era secundaria, mucho más que en el período anterior.

Aunque se advierte una mayor homogeneidad social, en el borde norte del territorio, en La Ligua y la costa adyacente –donde se dieron vínculos con los diaguitas del Norte Chico– se observan ciertas diferencias. En Putaendo, por ejemplo, se desarrolló una tradición específica, así como también al sur del río Cachapoal, donde se distingue una cerámica tricolor y la tradición llamada «Hacienda Cauquenes».

Los cambios más radicales respecto del período anterior se observan en la cerámica y en los patrones mortuorios, pero también en los adornos, los instrumentos de piedra y los implementos para fumar o inhalar, conjuntamente con un mayor desarrollo de la agricultura y nuevas formas de manejo de los animales.

Las tumbas ya no se emplazan en los sitios habitacionales, sino en verdaderos cementerios. Se encuentran especialmente en las zonas de San Felipe y Lampa, y se caracterizan por grandes concentraciones de tumbas construidas como montículos de tierra o túmulos, con una altura que va desde unos 30 cm a un par de metros. Tienen forma de conos circulares o elípticos, con diámetros de entre 3 y 20 m. Algunos cementerios pueden presentar alrededor de 20 túmulos (El Algarrobal en Tiltil), mientras otros alcanzan el centenar (Bellavista en San Felipe) y hasta 300 túmulos (Hacienda Llú Llú en Olmué).

Bajo los túmulos, los cuerpos eran enterrados individual o colectivamente, acompañados de un ajuar compuesto por vasijas de cerámica, aros de cobre, collares y otras clases de objetos. Los cuerpos se disponían habitualmente en posición dorsal extendida, acompañados de vasijas de cerámica con diferencias de calidad y cantidad seguramente relacionadas con el sexo y la posición social de los individuos.

El origen de este cambio radical entre las comunidades del período Alfarero Temprano y la cultura Aconcagua sigue siendo poco claro, por cuanto no se observan rasgos de una transición desde las tradiciones culturales previas —de hecho, algunos grupos del período anterior convivieron con los nuevos en determinados lugares hasta el 1200 d. C.—. Algunos especialistas lo interpretan como un desarrollo local a partir de las mismas poblaciones del período Alfarero Temprano (Venegas *et al.*, 2011), mientras que otros han propuesto un cambio revolucionario (Cornejo, 2010) o la superposición de una población foránea (Madrid, 1980). El problema es que no se conocen antecedentes de la tradición Aconcagua en otros lugares, y no se han identificado rasgos bioantropológicos que apoyen esta última hipótesis. Como sea, el paralelismo con los cambios en el Norte Chico y más al sur habla de un proceso de amplio alcance, que involucró poblaciones considerables; incluso pudo tratarse de una revolución cultural a gran escala, asociada a cambios climáticos.

Ahora bien, estas poblaciones no estaban aisladas, sino que mantenían lazos con culturas del noroeste argentino y del altiplano de Bolivia, los cuales se expresan en ciertos elementos decorativos de la cerámica y en aspectos de la organización social. De esta manera, el abandono de los antiguos modos de

vida y las transformaciones radicales que se manifiestan en casi todas las dimensiones de la cultura pudieron ser detonados por la llegada de nuevos modelos socio-culturales desde el norte, asumidos rápidamente por las poblaciones locales.

En la alfarería Aconcagua se distinguen tres tipos (Durán y Massone 1979; Massone 1978), muy diferentes en lo tecnológico y lo decorativo: Aconcagua Salmón, Rojo Engobado y Pardo Alisado. Los dos primeros corresponden generalmente a escudillas o «pucos» (fig. 4) y, en menor medida, a jarros y ollas decoradas (fig. 5), destinados al consumo de alimentos y bebidas, pero utilizadas también para dejar alimentos junto a los muertos. El tipo Pardo Alisado, en tanto, comprende básicamente ollas de uso doméstico, sin decoración, empleadas para la cocción de alimentos. También existen ollas de gran tamaño para el almacenaje de granos o harinas, y otras fabricadas en una greda con abundante masa vegetal que servía como aislante, una tecnología que ya habían desarrollado los grupos del período Alfarero Temprano.

El tipo Aconcagua Salmón se obtiene a partir de una mezcla especial de arcillas rojas y caolines blancos que generan una pasta de color anaranjado pálido, a diferencia de los otros tipos, que se caracterizan por pastas color café rojizo. La decoración consiste en motivos geométricos y abstractos trazados con pintura negra sobre el color natural de la cerámica, aunque también se registran algunas piezas con engobe blanco y pintura roja o negro y roja. Estas singulares características parecen indicar que el tipo anaranjado habría cumplido una función más social que práctica.



Figura 4. Pucos con decoración geométrica estilo Aconcagua Salmón. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Ludwig, n.º inv. 803.



Figura 5. Olla con decoración geométrica estilo Aconcagua Salmón. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Arqueológica, n.º inv. 1044.

La decoración sigue reglas bien definidas, según se trate de escudillas, jarros, vasos u ollas, y según tengan o no engobe. Por ejemplo, en el exterior de las escudillas Aconcagua Salmón se dibuja una figura compuesta por tres aspas que nacen de una circunferencia ubicada en la base de la pieza. Conocido como «trinacrio» (Oyarzún, 1912), este motivo es considerado como



Figura 6. Pucos con trinacrio exterior de la cultura Aconcagua recuperado en Villa Alemana, período Intermedio Tardío. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Arqueológica, n.º inv. 3018.

el símbolo de la cultura Aconcagua, debido a su regularidad. Por el contrario, en el interior de las escudillas se observa una mayor variabilidad, con motivos diversos organizados en campos tri- o cuatripartitos (fig. 6).

El tipo Rojo Engobado se encuentra con mayor frecuencia en la zona de San Felipe-Los Andes. Como lo indica su nombre, estas piezas lucen un engobe rojo en el exterior, mientras que en el interior aparecen ocasionalmente una banda en el borde —donde a veces se ven apéndices modelados— y una cruz diametral, ambas en rojo. Por su parte, las vasijas Pardo Alisado carecen de decoración,

salvo por la presencia de bandas acordeladas en el cuello que se aprecian en piezas procedentes de algunos sitios en la costa —en la desembocadura del río Maipo y un poco más al sur, en Matanzas— y en el río Colorado, en el curso superior del Maipo.

La metalurgia Aconcagua aparece en la forma de anzuelos, pendientes, placas y cuentas de cobre, pero su presencia es escasa y se sabe muy poco de sus aspectos tecnológicos y sociales. Entre los artefactos de piedra, las puntas de proyectil son muy abundantes y muestran un patrón regular, de formas triangulares pequeñas con aletas, probablemente para flechas disparadas con arcos de madera. Otros objetos líticos que aparecen ocasionalmente son flautas, pendientes y torteras (pesos para los husos de hilar). Uno de los artefactos más interesantes son las clavos, que habitualmente aparecen fuera de contexto, en superficie, levantadas por el arado. No se conoce el origen ni el significado de estas piezas con forma de cabeza de ave y mango cilíndrico. Solo se han encontrado tres de ellas —miniaturas— en contexto: dos en el cementerio del Estadio de Quillota (Venegas *et al.*, 2011), y una en un sitio habitacional de Puangue.

Un dato interesante sobre las miniaturas de clavos encontradas en el Estadio de Quillota es que ambas estaban asociadas a enterratorios de niños. En un caso, la pieza estaba junto a la mano izquierda de un niño de 5 a 7 años de edad, enterrado en decúbito ventral sobre una cama de piedras que lo separaba del cuerpo de un adulto, dispuesto en la misma posición; sobre el niño se habían depositado 4 vasijas alineadas a lo largo del cuerpo (Venegas *et al.*, 2011, pp. 84-86). La otra clava miniatura se halló junto al cuello de un infante enterrado en decúbito ventral, que llevaba un pendiente en concha de ostión y estaba acompañado de dos vasijas de cerámica (Baeza, 2010).

Los enterratorios de esta fase en el Estadio de Quillota aparecen junto a emplantillados de grava y bolones, y junto a los cuerpos se observaron fogones. Las sepulturas eran individuales o colectivos, con los cuerpos en posición extendida y orientados hacia el este o noreste. Un caso especial fue el de un hombre adulto que estaba dispuesto en decúbito ventral, con otros cinco cuerpos puestos encima de manera transversal, acompañados por 21 vasijas. Otro hombre adulto dispuesto en similar posición estaba acompañado de dos cráneos humanos, dos pucos y una olla. También se encontraron lactantes depositados en posición extendida sobre los cuerpos de adultos, con abundante ajuar cerámico (Venegas *et al.*, 2011).

En algunos contextos aparecen conchas de loco (*Concholepas concholepas*) y huesos de camélidos (guanaco) formando concentraciones asociadas a alguna tumba. Entre los sedimentos excavados se hallaron un par de artefactos óseos: un adorno y un punzón de hueso animal. El material lítico se limita a algunas puntas de proyectil (parte de la ofrenda de un niño) y una piedra horadada que formaba parte de una tumba donde había un adulto y un niño, acompañados por 10 vasijas, junto a una gran acumulación de grava y bolones. Si bien se describen abundantes fragmentos de pipas, al parecer no se encontraban formando parte del ajuar de los individuos. En dos casos se observó quinchá directamente asociada a los entierros.

Aparentemente estas sociedades tuvieron niveles de organización social que trascendían los lazos puramente familiares. Los individuos reconocían la existencia de una instancia social superior, a la cual pertenecían sin importar sus distintos orígenes familiares. Este autorreconocimiento como miembros de una misma sociedad o etnia era expresado tanto por la mantención de una serie de obligaciones y derechos entre los individuos, como por la existencia de una serie de símbolos que representaban a la sociedad.

La decoración de la alfarería permite suponer que dentro de la sociedad Aconcagua existían al menos dos amplios grupos, uno asentado en la cuenca

del río homónimo y el otro localizado en las cuencas de los ríos Mapocho y Maipo. Si bien ambos se reconocían como pertenecientes a la misma cultura, por razones que aún se desconocen hicieron un esfuerzo por diferenciarse, utilizando para ello la fuerza simbólica de la forma y distribución de los dibujos geométricos aplicados en la cerámica. En los valles del Maipo y del Mapocho, las aspas del trinacrio giran preferentemente hacia la izquierda, mientras que en la cuenca del Aconcagua se orientan mayoritariamente hacia la derecha.

Una de las diferencias sociales más relevantes en la cultura Aconcagua se relaciona con el género: los hombres adultos ejercían una posición dominante. De hecho, la evidencia conservada en ciertos isótopos indica que los ellos consumían más maíz que las mujeres (Falabella *et al.*, 2007), lo que podría sugerir que en esa época los hombres asumieron roles preferenciales en los planos económico, social, político e ideológico. Además, debieron existir diferencias de estatus según actividades o roles sociales, que se expresaron en las ofrendas mortuorias.

Las evidencias actuales no permiten hablar de una organización política del tipo de jefaturas o señoríos –no se conoce la existencia de estructuras administrativas; casi todos los sitios tienen fines habitacionales, excepto los cementerios de túmulos–. Se trataba, más bien, de múltiples comunidades relativamente pequeñas y autosuficientes, ubicadas a cierta distancia entre sí, que compartían cementerios comunitarios y que, en un nivel más amplio, estaban integradas a través de los patrones estéticos y simbólicos expresados en la cerámica, en los patrones mortuorios y en artefactos como las clavos.

En algún momento, poblaciones Aconcagua se vincularon con poblaciones clásicas del Norte Chico (Cornejo, 2001). La evidencia se encuentra en los tipos cerámicos que muestran decoraciones típicas diaguítas sobre modelos y tecnología alfarera Aconcagua. En el cerro La Cruz resalta una gran cantidad de artefactos de metal, muy similares a la tradición diaguíta (Martínez, 2011; Rodríguez, A. *et al.*, 1993). De hecho, en todos los sitios aparece una cerámica diaguíta-incaica junto a la cerámica local. La aculturación resultante dio origen al tipo Aconcagua Tricolor en el valle del Aconcagua y al tipo Aconcagua Rojo Engobado característico del Maipo-Mapocho.

En el cementerio del Estadio de Quillota –donde se rescataron 195 individuos correspondientes a las distintas fases de desarrollo agroalfarero de los últimos dos mil años, aunque el total debió ser mucho mayor (Venegas *et al.*, 2011)– fue posible observar este sincretismo en una cantidad considerable de enterratorios. Así, por ejemplo, se recuperaron vasijas que muestran el patrón diaguíta clásico, pero también la combinación de rasgos Aconcagua y

diaguitas, Aconcagua-diaguita-inca, Aconcagua-inca o inca local. Asimismo, se consignó la existencia de aros de cobre de estilo diaguita, con una cuenta de malaquita inserta.

El MHNV conserva una excepcional muestra de este período de aculturación, producto de un salvataje realizado en Villa Alemana (Vera, 1984). Se trata de dos enterratorios que estaban acompañados por ollas y jarros con diseños Aconcagua y diaguitas. Uno de los individuos tenía a los pies un artefacto de cerámica que parece ser



Figura 7. Tamboril de cerámica de la cultura Aconcagua recuperado en Villa Alemana. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Arqueológica, n.º inv. 3015.

un tamboril: el cuerpo está formado por un cilindro tronco-cónico unido a un cilindro alargado más angosto, cuyo extremo debió estar cubierto con cuero (fig. 7).

Junto al hallazgo ocasional de «flautas de Pan» de piedra pulida en algunos sitios del período Aconcagua (Pérez de Arce, 2014), este tamboril es la única referencia a la música prehispánica en la zona central de Chile. El monótono sonido de las flautas y tambores debe haber sido parte fundamental de algún ritual destinado a comunicarse con los espíritus a través del trance, rasgo que se reconoce en el origen de los «bailes chinos» de las cofradías que rinden culto a la Virgen o al Niño Dios hasta la actualidad.

Período Tardío (1450 a 1536 d. C.)

La aparente autonomía del desarrollo cultural en Chile Central tuvo a mediados del 1400 un cambio rotundo, a partir de la incorporación de este territorio y su gente al Imperio inca o Tawantinsuyu, acontecimiento que inauguró el período Agroalfarero Tardío. Como en muchas otras partes de los Andes, este proceso ocurrió de manera bastante rápida y violenta, significando para las poblaciones Aconcagua la pérdida de su independencia política, así como una serie de transformaciones en sus modos de vida (Sánchez, 2003, 2004).

De acuerdo con las crónicas escritas por los españoles, la conquista de estos valles –incluido lo que los incas denominaron «Kollasuyu»– se habría verificado aproximadamente entre 1470 y 1493 d. C., durante el mandato en el Cuzco de Topa Inca Yupanqui. Según algunas fuentes, los incas llega-

ron en su avance hacia el sur hasta las riberas del río Maule, lugar donde su ejército habría sido frenado por las poblaciones que habitaban más al sur, los llamados «promaucaes» (Sánchez, 2010; Stehberg, 1993; Stehberg y Sotomayor, 1999). Sin embargo, las evidencias arqueológicas de este proceso expansivo no son del todo coincidentes con los relatos de los cronistas: una serie de indicios señala que los incas habrían arribado a Chile central unos 50 a 80 años antes de lo que establecen las fuentes escritas. Por mucho tiempo, el pucara de Chena (Buin) se había considerado una estructura defensiva (Stehberg 1976), el último vestigio de la expansión inca hacia el sur; en la actualidad, sin embargo, se piensa que cumplía funciones más bien rituales, al igual que los pucaros del Aconcagua.

El curso superior del río Aconcagua fue especialmente relevante en este período (Durán y Coros, 1991; Pavlovic *et al.*, 2012; Sánchez *et al.*, 2004) y, en particular, el valle de Putaendo (Pavlovic *et al.*, 2004). Un poco más al sur, en territorio de los promaucaes, gente guerrera que habría resistido al imperio, también se han registrado evidencias de la presencia inca: las ruinas de Chada en Angostura de Paine, el pucara de Cerro Grande de La Compañía en Graneros y los entierros en el cerro Tren Tren de Doñihue, Chillehue, Rengo y Malloa (León, 1983; Planella *et al.*, 1993; Planella y Stehberg, 1994).

Se desconoce aún cuáles fueron las razones que tuvo el Tawantinsuyo para expandir sus fronteras hasta estas regiones, localizadas a casi 3 mil kilómetros de su capital. Entre las hipótesis que se han manejado se incluye la necesidad constante de incrementar la hacienda de un imperio cuya política económica propugnaba la distribución sistemática de los recursos humanos y materiales; los intereses de cada nuevo gobernante –quien estaba obligado a forjar su propia riqueza–; y la atracción de los recursos mineros de los territorios conquistados. El hallazgo en la cordillera de tramos hasta ahora desconocidos del Camino del Inca que se conectan con el santuario del cerro Peladeros (Ibacache y Cantarutti, 2007), habla más de la importancia simbólica de la zona para el Imperio que de la necesidad de ampliación de la hacienda del último gobernante, tal como se pensaba anteriormente. De hecho, muchos de los nuevos fechados para la presencia inca en la zona central están más cerca del 1400 que del 1470 d. C.

Sean cuales fueren las razones que trajeron hasta aquí al Tawantisuyo, el tipo de lugares donde se asentaron indica que su presencia en Chile Central estaba vinculada a intereses muy específicos. Por lo demás, si bien se pueden encontrar ciertas evidencias de la estadía en estos territorios de personas venidas directamente del núcleo central del Imperio, aparentemente la mayor

parte del trabajo de conquista, así como la posterior ocupación y administración, estuvieron en manos de miembros de poblaciones que habían sido previamente conquistadas por los incas, especialmente los diaguítas de los valles del Norte Chico.

Al sur del Choapa, la presencia del inca se observa en varios tramos del camino imperial, que conduce al menos hasta el centro de la actual ciudad de Santiago, llegando desde el norte a lo largo de la actual calle Independencia. La enorme red de caminos longitudinales y transversales permitía administrar en forma eficiente uno de los imperios más extensos del mundo: por él viajaban rápidamente las noticias, se desplazaban los ejércitos y se transportaban de manera expedita los recursos económicos. A lo largo del camino se instalaron tambos o posadas abastecidos por las poblaciones locales para prestar asistencia a los mensajeros y caravanas que circulaban entre los diversos puntos del Imperio.

El famoso Camino del Inca (Capaḡñan) se reconoce en el área de San Felipe-Los Andes (Coros y Coros, 1999; Sánchez *et al.*, 2010) asociado a tambos en la cordillera (Ojos de Agua) y a estructuras defensivas o administrativas en los valles (El Tártaro, El Tigre, El Castillo, La Cruz, Mercachas y Mauco) (Stehberg y Carvajal, 1987). Algunos cementerios muestran la incorporación de rasgos incaicos o diaguíta-incaicos (El Triunfo, Bellavista, Santa Rosa).

En el curso medio del río Aconcagua, la mayor concentración poblacional se encontraba en Quillota. Aquí, el cerro Mayaca parece haber tenido una función ritual. Junto a su ladera sur se encontró recientemente un denso cementerio. La ocupación inca incluye un denso espacio de funebria, con al menos 20 individuos acompañados de un ajuar compuesto por más de 100 vasijas de cerámica y torteras de piedra. En los sondeos aparecieron asimismo fragmentos diagnósticos de cerámica de los tipos Aconcagua y diaguíta, puntas de proyectil pequeñas de base escotada, percutores, un fragmento de orejera de piedra pulida, un trozo de alambre de cobre grueso y una miniatura de clava (Garceau, 2018a, 2018b).

Sin duda, el sitio inca más espectacular de la zona central es el santuario (*capaḡcocha*) del cerro El Plomo, frente a Santiago (Mostny, 1957). Las extraordinarias evidencias del sacrificio de un niño durante una ceremonia del Inti Raimi, el solsticio de invierno, a 4000 m de altura, lo convierten en un lugar muy especial. El cuerpo del niño, perfectamente conservado en el frío seco de una cámara de piedra, estaba acompañado por ricas vestimentas y ofrendas. Figuras de oro, plata y la concha de *Spondylus (mullu)* del Ecuador, junto a bolsitas conteniendo pelo, uñas, hojas de coca,

muestran la importancia del ritual, cuya víctima debió pertenecer a una familia importante y haber sido trasladada desde el núcleo del Imperio.

La mayoría de los cementerios muestra una clara aculturación diaguita-incaica junto a la población local. De hecho, hasta ahora se conoce solo un cementerio que correspondería a miembros de la élite incaica, en La Reina. Los individuos fueron enterrados en cámaras funerarias, con un rico ajuar que incluía alfarería, metales, *keru* de madera y parihuelas (fig. 8).

En la costa, la presencia de estas ocupaciones tardías es muy escasa: en el sitio Cancha de Golf del Fundo Santa Augusta de Quintay (Rivas y Ocampo, 1997) se encontró el enterratorio de un niño acompañado de diez vasijas de cerámica que combinan formas y decoraciones incas, inca-diaguitas y locales. El ajuar también era singular: en el cuello llevaba un collar de cuentas discoideas de malaquita y conchas.

En este contexto, el hallazgo de un cementerio Aconcagua en la plaza O'Higgins de Valparaíso constituye un hito excepcional en la arqueología regional. Durante el monitoreo final de las excavaciones (Garceau, 2017), se rescataron importantes evidencias de enterratorios acompañados de cerámica Aconcagua clásica y de la fase de aculturación diaguita-inca, además de material lítico como lascas, núcleos, percutores y puntas de proyectil.

En concreto, se encontraron restos de 10 individuos y 14 vasijas asociadas a contextos funerarios, a más de 3 metros de profundidad. Las osamentas fueron removidas y, en parte, destruidas por la maquinaria, pero se pudo obtener cierta información de los patrones mortuorios de 5 individuos (a saber, individuo masculino adulto extendido en decúbito ventral; individuo femenino joven en decúbito dorsal; individuo masculino adulto, flectado en decúbito lateral izquierdo; infante de 2 a 6 años, extendido en decúbito dorsal; adulto masculino extendido en decúbito dorsal).

La cerámica corresponde, en general, al tipo utilitario, mayoritariamente ollas monocromas (8 piezas), pero se recuperó también un puco Aconcagua



Figura 8. Aríbalo incaico del período Tardío rescatado en La Reina, Santiago. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Arqueológica, n.º inv. 955.

clásico; 4 pucos Aconcagua con decoración diaguita-incaica y fragmentos de un puco asignado a un Aconcagua-inca o inca local.

La matriz de la ocupación prehispánica incluye restos de una variedad de moluscos, equinodermos y crustáceos del litoral: almeja, lapa, loco, caracol negro, erizo, chitón, macha, picoroco, jaibas. En algunos sectores del sitio la densidad del basural conformaba el típico «conchal» costero.

El hallazgo y recuperación parcial de estos contextos en la plaza O'Higgins muestra la presencia de una población prehispánica local (cultura Aconcagua) en las costas de Valparaíso poco antes de la llegada de los españoles, cuando recibieron inmigrantes diaguitas del Norte Chico trasladados por el inca.

Aparte de estos contingentes poblacionales, el Tawantinsuyo trajo a Chile central una serie de cambios en materias económicas. La utilización de camélidos domesticados —especialmente la llama— como animales de lana, carne y carga fue tal vez una de las innovaciones más significativas, ya que todas las evidencias disponibles en la actualidad indican que, con anterioridad al arribo de los incas, solo existía la captura y amansamiento de guanacos silvestres. Asimismo, la agricultura experimentó un importante impulso con la llegada de técnicas mucho más sofisticadas, tales como mejores sistemas de riego e, incluso, nuevos cultivos.

El impacto de la dominación inca sobre la población local de raigambre Aconcagua se dejó sentir en distintos ámbitos de la vida de esta última. En primer lugar, tuvieron que interactuar directamente con una nueva pobla-

ción, la que, aunque puede no haber sido muy numerosa, se encontraba en una situación ventajosa, constituyéndose en fuente de nuevas ideas y costumbres. La alfarería, que anteriormente había constituido un importante medio de expresión de la identidad de la sociedad Aconcagua, incorporó una serie de rasgos propios de las culturas inca y diaguita (fig. 9), fenómeno que supone la aceptación de elementos foráneos por parte de la población local. A juzgar por la rapidez con que ocurrió, este proceso debió ser forzado por la dominación que ejercía el Estado incaico y que se manifestó de distintas formas, entre



Figura 9. Olla Aconcagua con decoración diaguita-incaica procedente de Villa Alemana. Museo de Historia Natural de Valparaíso, Colección Arqueológica, n.º inv. 3001.

ellas, el pago de impuestos al Tawantinsuyo, ya en la forma de bienes –especialmente minerales–, ya por medio de la destinación de mano de obra para las empresas emprendidas por los cuzqueños.

En el sitio Carolina, en la comuna de La Cruz (Venegas *et al.*, 2011), se hallaron 3 enterratorios que muestran el dominio inca sobre la población Aconcagua. Las tumbas, consistentes en cámaras de piedra, contenían un abundante ajuar de cerámica. Un hombre adulto estaba acompañado de 6 vasijas, incluyendo los tipos incas clásicos (aríbalos, escudillas, decoraciones sobre engobe blanco), y presentaba una placa de cobre en su boca, rasgo que distingue a este individuo de cualquier otro enterratorio encontrado en la zona –pudo ser un jefe local (curaca) con fuertes lazos sociales y políticos con el inca–. Otro individuo registraba 5 puntas de proyectil directamente asociadas a distintas partes del tronco, lo que se interpretó como violencia intergrupala.

La presencia de este Estado expansivo provocó la aparición de estructuras sociales y políticas completamente nuevas. Se instauraron autoridades que ostentaban un poder sobre la sociedad nunca antes conocido, representadas tanto por los administradores de los intereses incas en la región, como por personajes locales que adquirieron un protagonismo inédito. A la vez, estas diferencias sociopolíticas debieron conllevar distinciones económicas y de jerarquía entre los individuos y entre distintos segmentos de la sociedad.

El Imperio necesitaba poblaciones organizadas de acuerdo con su modelo político y económico. La integración de las sociedades locales, sin embargo, fue tan heterogénea como lo eran ellas mismas, a pesar de la instalación de jefes y colonos ya adscritos al sistema (mitimaes).

En síntesis, respecto de la motivación profunda que tuvo el inca para incursionar en Chile central, a la dimensión política y económica tradicional debe sumarse también la simbólica, conforme con la reinterpretación de las fortalezas o pucaros como espacios públicos y festivos, de adoración y articulación de espacios sagrados (huacas) (Acuto *et al.*, 2010). Una expresión gráfica de este ordenamiento simbólico lo constituyen las nuevas expresiones del arte rupestre que surgieron en este período, donde aparecen símbolos como el «signo-escudo» y la imagen del jaguar u «otorongo», asociados a rutas posiblemente rituales (Troncoso, 2001).

Conclusiones

A medida que se suman nuevas evidencias arqueológicas sobre las sociedades prehispánicas, el panorama se vuelve cada vez más complejo, pues, aunque

es posible distinguir ciertas pautas comunes que permiten definir culturas o tradiciones, también se observa una gran heterogeneidad tanto en el ámbito regional como, incluso, local. En ocasiones, la identidad de un grupo se caracteriza a partir de ciertos elementos simbólicos, a través de cánones decorativos, patrones mortuorios, el uso de alucinógenos, diseños en el arte rupestre, etc.

Los estudios regionales se han desarrollado de manera igualmente heterogénea, debido a una serie de factores. Las investigaciones sistemáticas y los rescates derivados de estudios de impacto ambiental han tenido un progreso desigual, y los análisis especializados se han concentrado en algunos sectores, relegando otras áreas a un segundo plano. A ello se suma el hecho de que en la Región de Valparaíso no existen escuelas de Arqueología, y los profesionales adscritos a museos son muy escasos. Todo ello redundando en que la mayoría de las investigaciones terminan en informes no publicados, lo que limita el acceso a la información y a los análisis comparativos y de síntesis.

En el mejor de los casos, los materiales recuperados terminan en los depósitos de unos pocos museos: estos, sin embargo, se encuentran saturados, y las colecciones muchas veces no cuentan con la documentación de respaldo o sufren deterioro por deficiencias en la conservación. Con todo, existe abundante material de análisis disponible en los museos, suficiente para que estudiantes y profesionales destinen muchas horas de trabajo a la arqueología de colecciones. El conocimiento de la arqueología regional puede ganar mucho a partir de la puesta en valor y difusión de esos materiales, y este trabajo pretende ser un pequeño aporte en esa línea.

Referencias

- Acuto, A., Troncoso, A., Ferrari, A., Pavlovic, D., Jacob, C., Gilardenghi, E., Sánchez, R., Amuedo, C. y Smith, M. (2010). Espacialidad incaica en los Andes del sur: La colonización simbólica del paisaje y la ritualidad inca en Chile central y el valle Calchaquí norte. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo III-IV, 1297-1302.
- Ávalos, H., Carmona, G., Strange, J., Valenzuela, E., Román, A. y Brito, P. (2007). Período Alfarero en el curso medio e inferior del río Aconcagua. Chile Central. *Clava*, 6, 59-78.
- Ávalos, H. y Román, A. (1996). Investigaciones arqueológicas sobre el período alfarero en Papudo. Disponible en https://www.academia.edu/33885430/Investigaciones_arqueológicas_sobre_el_período_alfarero_en_Papudo

- Ávalos, H. y Rodríguez, J. (1993). Ocupaciones prehispánicas en el interfluvio costero: Petorca-Quilimarí. *Boletín Museo Regional de la Araucanía - Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena II*, 309-326.
- Bahamondes, R. (1969). Contextos y secuencias culturales de la costa central de Chile. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena (La Serena)* (pp. 257-275).
- Belmar, C. (2004). El complejo Papudo: un estudio crítico en la comuna de los Vilos, Cuarta Región de Chile. *Chungará*, (36), 1089-1099.
- Benavente, A., Thomas, C. y Sánchez, R. (1994). *Prácticas mortuorias durante el Agroalfarero Temprano. Una reflexión sobre su significado*. Arqueología de Chile Central. II Taller.
- Berdichewsky, B. (1963). Culturas precolombinas de la costa central de Chile. Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile, Santiago. *Antropología*, (1), 17-33.
- Berdichewsky, B. (1964a). Arqueología de la desembocadura del Aconcagua y zonas vecinas de la costa central de Chile. En *Actas del III Congreso de Arqueología Chilena* (pp. 69-107). Viña del Mar.
- Berdichewsky, B. (1964b). Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas en Concón. *Antropología*, II(1).
- Carmona, G., Ávalos, H., Valenzuela, E., Strange, J., Román, A. y Brito, P. (2001). Consolidación del complejo cultural Bato en la costa central de Chile (curso inferior del río Aconcagua): Sitio Los Eucaliptus. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología*, (31), 13-25.
- Cornejo, L. (2001). Los inka y sus aliados diaguita en el extremo austral del Tawantinsuyu. En C. Aldunate y L. Cornejo (eds.), *Tras la huella del inka en Chile* (pp. 74-89). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Cornejo, L. (2010). Hacia una hipótesis sobre el surgimiento de la cultura Aconcagua. En *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Valdivia, 9 a 14 de octubre de 2006)* (pp. 341-350).
- Cornejo, L., Jackson, D. y Saavedra, M. (2016). Cazadores-recolectores arcaicos al sur del desierto (ca. 11.000 a 300 años a. C.). En F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.), *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 283-317). Santiago: Editorial Universitaria-Sociedad Chilena de Arqueología.
- Coros C. y Coros, C. (1999). El Camino del Inca en la Cordillera de Aconcagua. *Revista El Chaski*, (1), 5-80.
- Correa, I. (2010). La tradición alfarera Pittén y su relación con la tradición Llolleo: un estudio comparativo de piezas cerámicas completas. En *Actas*

- del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* [Valdivia, 2006] (pp. 473-482).
- Dillehay, T. (2000). *The settlement of the Americas. A new prehistory*. Basic Books: Nueva York.
- Dillehay, T. (2004). *Monte Verde. Un asentamiento humano del Pleistoceno Tardío en el sur de Chile*. Santiago: LOM Ediciones.
- Durán, E. y Coros, C. (1991). Un hallazgo incaico en el curso superior del río Aconcagua. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, (42), 169-180.
- Durán, E. y Massone, M. (1979). Hacia una definición del complejo cultural Aconcagua y sus tipos cerámicos. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile* (pp. 243-245). Santiago: Editorial Kultrún.
- Durán, E., Massone, M. y Massone, C. (1991). La decoración Aconcagua. Algunas consideraciones sobre su estilo y significado. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* [Santiago, 1988] (Tomo I, pp. 61-87).
- Falabella, F. (1994). Dos puntas tiene el camino: Antiguas relaciones transandinas en el centro de Chile y Argentina. En F. Mena (ed.), *La cordillera de Los Andes: Ruta de encuentros* (pp. 39-48). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino-Banco O'Higgins.
- Falabella, F., Pavlovic, D., Planella, M. T. y Sanhueza, L. (2016). Diversidad y heterogeneidad cultural y social en Chile central durante los períodos Alfarero Temprano e Intermedio Tardío (300 años a. C. a 1450 d. C.). En *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 365-399). Santiago: Editorial Universitaria-Sociedad Chilena de Arqueología.
- Falabella, F. y Planella, M. T. (1979). *Curso inferior del río Maipo: Evidencias Agroalfareras*. (Tesis de grado). Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Falabella, F. y Planella, M. T. (1987). Informe de investigaciones arqueológicas. Sitio Laguna El Peral-C. En *Actas del I Congreso de Antropología* (pp. 526-539). Santiago.
- Falabella, F. y Planella, M. T. (1991). Comparación de ocupaciones precerámicas y agroalfareras en el litoral de Chile Central. En *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (Tomo 3, pp. 95-112). Santiago: MNHN, SCHA.
- Falabella, F., Planella, M. T., Aspillaga, E., Sanhueza, L. y Tykot, R. (2007). Dieta en las sociedades alfareras de Chile Central: aporte de análisis de isótopos estables. *Chungará*, 39(1), 5-27.

- Falabella, F., Planella, M. T. y Szmulevic, P. (1981). Los Puquios, sitio arqueológico en la costa de Chile Central. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (149), 85-107.
- Falabella, F., Planella, M. T. y Tagle, B. (2001). Pipes and smoking tradition in the prehispanic societies of the early ceramic period of the central region of Chile. *Eleusis*, (5), 137-151.
- Falabella, F., Planella, M. T. y Tykot, R. H. (2008). El maíz (*Zea mays*) en el mundo prehispánico de Chile central. *Latin American Antiquity*, 19(1), 25-46.
- Falabella, F. y Sanhueza, L. (2005-2006). Interpretaciones sobre la organización social de los grupos Alfareros Tempranos de Chile Central: alcances y perspectivas. *Revista Chilena de Antropología*, (18), 105-133.
- Gajardo Tobar, R. (1958-59). Investigación acerca de las piedras con tacitas en la zona central de Chile. *Anales de Arqueología y Etnología*, XIV-XV, 257-275.
- Gajardo Tobar, R. y Silva, J. (1970). Notas sobre la arqueología de Quillota. Excavaciones en el estadio. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso*, (3), 203-236.
- Garceau, C. (2018a). *Rescate arqueológico parcial etapa II sitio Condominio Los Libertadores, Quillota. Informe ejecutivo de terreno. Septiembre 2018.*
- Garceau, C. (2018b). *Rescate y sondeo arqueológico sitio Condominio Los Libertadores, Quillota. Informe ejecutivo de terreno. Marzo 2018.*
- Ibacache, S. y Cantarutti, G. (2007). Nuevas investigaciones en el cerro Peladeros: una huaca del período incaico en la cordillera de Chile central. *Werken*, (10), 63-80.
- Jackson, D., Méndez, C., Seguel, R. y Núñez, L. (2011). Geoarqueología de los contextos costeros de la comuna de Los Vilos. En R. Seguel y D. Jackson (eds.), *Geoarqueología en ambientes costeros y paisajes patrimoniales de la costa del Choapa* (pp. 47-101). II Taller de Geoarqueología de América Latina. CNCR-U. de CHILE.
- León, L. (1983). Expansión inca y resistencia indígena en Chile, 1470-1536. *Chungará*, (10), 95-115.
- Madrid, J. (1965). Informe de la excavación de un cementerio de túmulos en la Hacienda Bellavista (San Felipe) y descripción de un aprendizaje adquirido en la misma. *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Santiago*, (3), 45-66.
- Madrid, J. (1980). El área andina meridional y el proceso agroalfarero en Chile central. *Revista Chilena de Antropología*, (3), 25-39.
- Martínez, A. (2011). *Reevaluación del sitio Cerro La Cruz. Su función en las*

- estrategias de dominio inkaico en el curso medio del Aconcagua*. (Memoria para optar al título de arqueóloga). Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- Massone, M. (1978). *Los tipos cerámicos del complejo cultural Aconcagua*. (Tesis para optar a la Licenciatura en Arqueología y Prehistoria). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Santiago, Chile.
- Mostny, G. (1957). La momia del cerro El Plomo. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, XXVII(1), 3-118.
- Núñez, L., Jackson, D., Dillehay, T., Santoro, C. y Méndez, C. (2016). Cazadores-recolectores tempranos y los primeros poblamientos en Chile hacia finales del Pleistoceno (ca. 13000-10000 a. p.). En F. Falabella, L. Sanhueza, M. Uribe, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.), *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los incas* (cap. 2, pp. 71-116). Santiago: Editorial Universitaria.
- Núñez, L., Varela, J., Casamiquela, R., Schiappacasse, V., Niemeyer, H. y Villagrán, C. (1994). Cuenca de Taguatagua en Chile: el ambiente del Pleistoceno Superior y ocupaciones humanas. *Revista Chilena de Historia Natural*, 67(4), 503-519.
- Oyarzún, A. (1912). El trinacrio. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (5).
- Oyarzún, A. (1934). Culturas prehistóricas del valle del Aconcagua. *Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas*. Buenos Aires, Argentina.
- Pavlovic, D. (2000). Período Alfarero Temprano en la cuenca superior del río Aconcagua. Una primera aproximación sistemática a sus características y relaciones. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (30), 17-29.
- Pavlovic, D., Sánchez, R. y Troncoso, A. (2002). *Prehistoria de Aconcagua*. San Felipe: Ediciones del Centro de Artes y Oficios El Almendral.
- Pavlovic, D., Troncoso, A., González, P. y Sánchez, R. (2004). Por cerros, valles y rinconadas: investigaciones arqueológicas en el valle del río Putaendo, cuenca superior del río Aconcagua. *Chungará*, vol. especial, 847-860.
- Pavlovic, D., Troncoso, A. y Sánchez, R. (2010). Cultura material, ritualidad funeraria y la interacción con el Tawantinsuyo de las poblaciones locales del valle de Aconcagua durante el período tardío. En *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (Valdivia, 2006).
- Pavlovic, D., Troncoso, A., Sánchez, R. y Pascual, D. (2012). Un tigre en el valle. Vialidad, arquitectura y ritualidad incaica en la cuenca superior del río Aconcagua. *Chungará*, (44), 551-569.
- Pérez de Arce, J. (2014). Flautas de piedra combarbalita morada de Chile central y norte semiárido. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 19(2), 29-54.

- Pino, M. (2008). *Pilauco, un sitio complejo del Pleistoceno tardío. Osorno - Norpatagonia chilena*. Universidad Austral de Chile.
- Planella, M. T. (2005). Cultígenos prehispánicos en contextos Llolleo y Aconcagua en el área de la desembocadura del río Maipo. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (38), 9-23.
- Planella, M. T., Belmar, C., Quiroz, L., Niemeyer, H., Falabella, F., Alfaro, S., Echeverría, J., Carrasco, C. y Collao-Alvarado, K. (2018). Saberes compartidos y particularidades regionales en las prácticas fumatorias de sociedades del período Alfarero Temprano del norte semiárido, centro y sur de Chile, América del Sur. *Revista Chilena de Antropología*, (37), 20-57.
- Planella, M. T., Cornejo, L. y Tagle, B. (2005). Alero Las Morrenas 1: Evidencia de cultígenos entre cazadores recolectores de finales del período arcaico en Chile central. *Chungará*, 37(1), 59-74.
- Planella, M. T., Falabella, F., Belmar, C. y Quiroz, L. (2014). Huertos, chacras y sementeras. Plantas cultivadas y su participación en los desarrollos culturales de Chile central. *Revista Española de Antropología Americana*, 44(2), 495-522.
- Planella, M. T., Falabella, F., Deza, Á. y Román, Á. (1991). Proposición de fases en los contextos alfareros tempranos de la región litoral de Chile central. En *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (tomo 3, pp. 113-130). Santiago: MNHN, SCHA.
- Planella, M. T. y Stehberg, R. (1994). Etnohistoria y arqueología en el estudio de la fortaleza indígena de cerro Grande de La Compañía. *Chungará*, (26), 65-78.
- Planella, M. T., Stehberg, R., Tagle, B., Niemeyer, H. y del Río, C. (1993). La fortaleza indígena del cerro Grande de La Compañía (valle del Cacha-poal) y su relación con el proceso expansivo meridional incaico. *Boletín del Museo Regional de La Araucanía*, (4), 403-421.
- Planella, M. T. y Tagle, B. (2004). Inicios de presencia de cultígenos en la zona central de Chile, períodos Arcaico y Agroalfarero Temprano. *Chungará*, 36(1), 387-399.
- Ramírez, J. M. (2006). *Condominio Costamai I. Sitios Costamai 1-2-3. Maitencillo, Comuna de Puchuncaví, V Región*.
- Ramírez, J. M. (2011a). *Informe ejecutivo excavaciones de rescate condominio Costamai III, sitios Costamai 4-5-6-7, localidad de Maitencillo, comuna de Puchuncaví, Región de Valparaíso*.
- Ramírez, J. M. (2011b). *Informe de salvataje de enterratorios prehispánicos en*

- el sitio Punta Puyai 8. Condominio Flores de Puyai, Papudo. Comuna de Petorca, Región de Valparaíso.*
- Ramírez, J. M. (2011c). *Informe ejecutivo de excavación. Rescate de los sitios arqueológicos de Costamai II: sitios Costamai 8-9-10. Alto Maitencillo. Comuna de Puchuncaví, Región de Valparaíso.*
- Ramírez, J. M. (2017). Contacto Polinesia-mapuche: un acercamiento a la historia de la investigación y nuevas evidencias bioantropológicas. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso*, (30), 46-54.
- Ramírez, J. M., Hermosilla, N., Jerardino, A. y Castilla, J. C. (1991). Análisis bioarqueológico preliminar de un sitio de cazadores-recolectores costeros: Punta Curaumilla-1, Valparaíso. En *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (tomo III, pp. 81-93). Santiago: MNHN, SCHA.
- Rivas, P. y González, J. (2008). Las Brisas-3, sitio Agroalfarero Temprano en Santo Domingo, V Región, Chile. *Clava*, (7), pp. 27-49.
- Rivas, P. y Ocampo, C. (1997). Informe preliminar de las excavaciones de salvataje e inspección arqueológica en el fundo Santa Augusta de Quintay, V Región. En *Actas del II Congreso Chileno de Antropología* [Valdivia] (tomo II, pp. 818-835).
- Rodríguez, A., Morales, R., González, C. y Jackson, D. (1993). Cerro La Cruz: un enclave económico-administrativo incaico, curso medio del río Aconcagua. En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (tomo II, pp. 201-221).
- Rodríguez, J. y Ávalos, H. (1993). Los Coiles 136: Evidencias de contactos entre poblaciones alfareras del Norte Chico y Chile central. *Boletín Museo Regional de la Araucanía*, (5), pp. 27-40.
- Rodríguez, J., Ávalos, H. y Falabella, F. (1991). La tradición Bato al norte del Aconcagua. En *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (tomo III, pp. 69-79). Santiago: MNHN, SCHA.
- Sánchez, R. (1995). Cultura material, arte, monumentos y cuerpos en el espacio. Prácticas mortuorias del complejo cultural Aconcagua. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (vol. 2, pp. 281-290). Hombre y Desierto una Perspectiva Cultural 9. Antofagasta.
- Sánchez, R. (1997). Muerte, vida, mujeres y hombres en la cultura Aconcagua. *Actas del Segundo Congreso Chileno de Antropología* (vol. 1, pp. 155-159). Santiago.
- Sánchez, R. (2000). Cultura Aconcagua en el valle del río Aconcagua, una discusión sobre su cronología e hipótesis de organización dual. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena* [Copiapó, 1997]

- (vol. II, pp. 147-160). Contribución Arqueológica 5, Museo Regional de Copiapó.
- Sánchez, R. (2003). El fin de la cultura Aconcagua y su relación con el Tawantinsuyu. En *Cuarto Congreso Chileno de Antropología* (tomo 2, pp. 1432-1437). Santiago.
- Sánchez, R. (2004). El Tawantinsuyu en Aconcagua (Chile central). *Chungará*, 36(2), 325-336.
- Sánchez, R. (2010). El inka enfermo y su interés por el Kollasuyu. El caso de Aconcagua. En *Actas del Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (pp.1357-1363). Mendoza: Universidad de Mendoza.
- Sánchez, R. y Massone, M. (1995). *Cultura Aconcagua*. Colección Imágenes del Patrimonio. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Sánchez, R., Pavlovic, D., González, P. y Troncoso, A. (2004). Curso superior del río Aconcagua: un área de interdigitación cultural, períodos Intermedio Tardío y Tardío. *Chungará*, (36), 753-766.
- Sánchez R., Troncoso, A. y Pavlovic, D. (2010). *El Capacñam en Aconcagua (Chile central)*. XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Valdivia 2006)
- Sanhueza, L. (2016). Comunidades prehispanas de Chile Central. Organización social e ideología (0-1200 d. C.). Santiago: Editorial Universitaria.
- Sanhueza, L., Cornejo, L. y Falabella, F. (2007). Patrones de asentamiento en el período Alfarero Temprano de Chile Central. *Chungará*, 39(1), 103-115.
- Sanhueza, L. y Falabella, F. (2009). Descomponiendo el complejo Llolleo: hacia una propuesta de sus niveles mínimos de integración. *Chungará*, 41(2), pp. 229-239.
- Saunier, A., Ávalos, H., Valenzuela, E. y Román. (2007). Vivir y morir en tiempos de conflicto durante el período Intermedio Tardío. Aproximación a patrones de actividad en el sitio Escuela de Placilla, La Ligua. *Revista Valles*, (6).
- Seelenfreund, A. y Leiva, D. (2006 Ms.). *Informe de salvataje de restos humanos. Sitio S-Bato 1, Localidad de Loncura, Comuna de Quintero (V Región de Valparaíso)*.
- Seelenfreund, A. y Westfall, C. (2000). Un aporte de los estudios de impacto ambiental: dos nuevos fechados para la costa central de Chile, localidad de El Bato (V Región). *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología*, (30), pp. 10-16.
- Silva, J. (1957). Noticias sobre investigaciones en piedras tacitas. *Publicaciones*

- del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, (9), 24-26.
- Silva, J. (1964). Investigaciones arqueológicas en la costa de la zona central de Chile, una síntesis cronológica. *Arqueología de Chile central y áreas vecinas*. En *III Congreso Internacional de Arqueología Chilena* (pp. 263-273). Santiago: Sociedad Chilena de Arqueología.
- Stehberg, R. (1976). La fortaleza de Chena y su relación con la ocupación incaica de Chile Central. *Publicación Ocasional del Museo Nacional de Historia Natural*, (23), 3-37.
- Stehberg, R. (1993). Estrategia del dominio incaico en el Chile semiárido y la frontera sur-occidental. *Boletín Museo Regional de la Araucanía - Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 4(1), 317-332.
- Stehberg, R. y Carvajal, N. (1987). Recientes reconocimientos del Camino del Inca en los términos meridionales del Imperio: tramo Alicahue adentro - Alto Choapa. *Clava*, (3), 121-129.
- Stehberg, R. y Sotomayor, G. (1999). Cabis, guacas-fortalezas y el control incaico del valle de Aconcagua. *Estudios Atacameños*, (18), 237-248.
- Venegas, F., Ávalos, H. y Saunier, A. (2011). *Arqueología e historia del curso medio e inferior del río Aconcagua*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Vera, J. (1995). *Fechados C-14 de la costa central aledaña al río Aconcagua*. <http://jaimevera.cl.tripod.com/fechados.html>